

La Guerra de la Independencia: origen de la visión nacional de España

El conflicto napoleónico se convirtió en el mito capaz de vencer las limitaciones que constreñían el sentimiento identitario español del Antiguo Régimen y eclosionó como nacionalismo moderno. Treinta o cuarenta años después de la Guerra de la Independencia, se dio un paso crucial en el avance hacia ese nacionalismo, con el acuerdo general de que «España» había librado una guerra de liberación nacional frente a Napoleón

JOSÉ ALVÁREZ JUNCO
PRESIDENTE DEL CENTRO DE ESTUDIOS CONSTITUCIONALES Y POLÍTICOS

Presentar la larga y sangrienta confrontación de 1808 a 1814 como una «guerra de independencia» o «enfrentamiento de españoles contra los franceses» por una «liberación española» es una de esas simplificaciones de la realidad tan típicas de la visión nacionalista del mundo, o de cualquier otra visión dicotómica y maniquea, gracias a lo cual consigue atraer y movilizar políticamente. Por el contrario, las interpretaciones históricas más recientes y fiables tienden a atribuir aquellos acontecimientos a un conjunto muy complicado de causas; a la confluencia, en último extremo, de una serie de conflictos menores coincidentes en el tiempo y alimentados entre sí.

Aquella fue, en primer lugar, una guerra internacional, reñida entre Francia e Inglaterra. Un escenario ya previsto por Godoy, aunque las alianzas en que él pensaba (España y Francia contra Inglaterra y Portugal) se vieran alteradas por la rebelión de 1808.

Otros datos permiten también clasificar aquella guerra

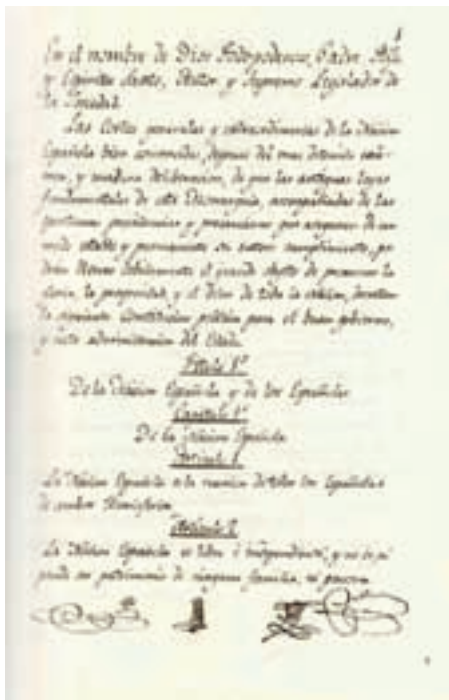
como civil, término que usó Jovellanos, entre otros, para describirla. Aunque el nacionalismo negaría de forma tajante la escisión interna de la sociedad española en 1808, lo cierto es que en aquel momento la lealtad de sus élites se dividió profundamente, aunque todavía se siga discutiendo si la causa de esta escisión era sólo la discrepancia sobre la dinastía o si bajo esto se ocultaban dos proyectos políticos enfrentados. Estas divisiones afectaban, sin embargo, casi en exclusiva a los grupos dirigentes. A nivel popular, la toma de posición contra los franceses fue general desde el primer momento.

Un tercer ingrediente, que puede entenderse como una forma de afirmación nacional, fue la dosis de xenofobia, sobre todo antifrancesa, que indiscutiblemente existió en la reacción popular. Según Canga Argüelles, los españoles exhibieron en el curso de la guerra *más odio personal a los franceses que entusiasmo por la causa*.

Antonio Capmany, un escritor relativamente refinado para el momento, escribió que *el francés es animal indefinible. Predica la virtud y no la tiene; humanidad y no la conoce; quiere la paz y busca la guerra*. Tampoco hay que exagerar el significado negativo de este factor, dado que los procesos de construcción de identidades colectivas consisten, en definitiva, en marcar fronteras y exclusiones, pero hay que insistir en que en este momento inicial no se trataba tanto de una exaltación de «lo propio», todavía mal definido, como de un odio contra lo foráneo y, en especial, lo francés. El Dos de Mayo refleja plásticamente esta circunstancia: aquel día abundaron los gritos de *¡muera los franceses!*, mientras que apenas se oyó algún *¡viva España!*.

Otros conflictos menores vinieron a sumarse como ingredientes catalizadores del momento: la impopularidad de Godoy, fruto tanto de la valoración de su actuación política como

La oposición popular
contra los franceses fue
general desde el principio



Acta de la Constitución de Cádiz, de 1812.

del juicio moral que le suponía amante de la Reina y burlador del Rey; el atractivo del futuro Fernando VII, que se desprendía de su imagen de príncipe inocente, infeliz víctima de un padre débil y una madre desalmada; y, sobre todo, dentro de este mismo planteamiento moral tradicional, el temprano carácter de cruzada de la sublevación de 1808 contra el ateísmo ilustrado-revolucionario moderno.

Otra vertiente, aparentemente contradictoria con las mencionadas, nos lleva a encontrar en el levantamiento de 1808 una carga de protesta social que emerge al desmoronarse los mecanismos del poder tradicional. En esta línea nos encontramos con resistencias a pagar los derechos señoriales, exigencias de que «los ricos» costeen la guerra o, incluso, propuestas liberales de «poner fin al gobierno de los ricos». En este marco, podemos inscribir los motines antifiscales o contra la carestía frente a las autoridades que apoyaban al «rey intruso» o los ataques a bienes de aristócratas y familias acomodadas, a quienes se consideró afrancesados o godosistas.

El último aspecto que cuestiona el carácter nacional del levantamiento antinapoleónico es

Los constitucionalistas liberales elaboraron y contribuyeron a difundir el mito del pueblo como luchador heroico por la libertad nacional



el predominio del patriotismo local sobre la unidad nacional, según la interpretación de historiadores como John Tone o Ronald Fraser. Las Juntas que emergieron en la segunda mitad de 1808, bien es cierto que confluyeron en una «central» y en unas Cortes que afirmarían de forma poco dudosa la unidad esencial de la «nación española», pero la dispersión de los centros de poder es un hecho en los momentos iniciales del conflicto. Más que un sentimiento de identidad española, cabría hablar de vinculación comunitaria o patriotismo local.

El que, con todos esos ingredientes, la sublevación de 1808 sea el inicio de la historia del nacionalismo español contemporáneo y el que la «guerra contra el francés» se canonicase como Guerra de la Independencia es sin duda un mérito de los constitucionalistas liberales. Ellos elaboraron y difundieron el mito del pueblo como luchador heroico por la libertad nacional, porque de él se derivaba la consecuencia política que les convenía: el derecho de las Cortes a participar en la toma de decisiones que afectaran a la colectividad. *Pueblo tan magnánimo y generoso no debe ser ya gobernado sino por verdaderas leyes*, dice la Junta Central justificando la convocatoria de las Cortes; y, como ha puntualizado Juan Francisco Fuentes, el uso del adverbio ya expresaba el cambio de opinión que había experimentado la minoría ilustrada sobre la capacidad política del pueblo. La Guerra de la Independencia quedó así marcada de forma indeleble con rasgos populistas.

El mito populista resurgiría a lo largo de todo el XIX en cada momento clave. Por mucho que se acumularan los desencantos y las frustraciones, los liberales siguieron esperando que el pueblo protagonizase el acto decisivo de rendición o regeneración política del país. Tras haber escrito tanto sobre aquella heroica «defensa de la libertad española» frente a Napoleón a cargo de las clases populares, el mito se mantendría a lo largo de todo el siglo, al menos a nivel retórico: el pueblo es liberal y, sobre todo, es patriota; en él reside la verdadera fuerza moral de la nación; lo demostró en 1808 y lo volverá a demostrar cuando sea necesario.

Al mediar el siglo, lo que realmente había ocurrido en 1808-1814 en definitiva no importaba. Espronceda se emocionaba al recordar la



Los despojos del águila francesa entre España y Portugal. GRABADO COLOREADO. BIBLIOTECA NACIONAL. PRIMER TERCIO DEL SIGLO XIX.

gesta, y Pérez Galdós abriría su gran saga nacional con esta guerra, protagonizada por el pueblo, muy al estilo de lo que haría Tolstoi en Rusia.

De esta manera, la Guerra de la Independencia acabó dando lugar a un mito nacional casi perfecto porque, tras ser una creación liberal, sobrevoló todos los partidismos políticos. Tampoco los conservadores dudaron en presentar la heroica pugna de 1808 como prueba de la fidelidad del pueblo español a la tradición heredada. Para colmo, en aquella guerra habían ocupado un papel distinguido catalanes y aragoneses. Zaragoza, Gerona o los Bruchs se incorporaron a demostrar el «españolismo» de todas las «regiones».

La contienda se convirtió a lo largo del siglo en la piedra angular de la mitología con la que se aureolaba el Estado nacional en formación. El recuerdo de la Guerra de la Independencia serviría para mantener un mínimo de dignidad colectiva. El Dos de Mayo se convirtió en fiesta nacional, y los monumentos a los mártires se erigieron frente a las estatuas de los reyes, único legado de la era anterior.

En 1908, toda España celebró con pompa el centenario de la Guerra, en buena medida una compensación del humillante trauma de 1898. Se levantaron estatuas,

se escribieron zarzuelas e, incluso, se estrenó una ópera, titulada *Zaragoza*, de cuyo libreto fue autor Pérez Galdós.

La misma potencia del mito se convirtió, quizás, en su principal debilidad. Como todos daban por sentado que la nación española existía, no se preocuparon por cultivar el sentimiento nacional. Parecía tan evidente la existencia de una identidad española que no se hicieron esfuerzos serios por educar a las masas en un sentido nacional. Confiar en la realidad de la nación es, aunque parezca contradictorio, seguramente perjudicial para la causa nacional. Por otra parte, el relato de la guerra acabó teniendo vida propia y generando orgullo por sí mismo, vinculado a la unidad de la patria, pero no a un proyecto de índole constitucionalista o modernizador.

El resultado fue un mito autocomplaciente, adornado con referencias a glorias remotísimas, como Numancia, pero desvinculado de los cambios modernizadores, salvo entre las élites liberales, irreductibles, pero minoritarias y también aisladas.

El Dos de Mayo se convirtió en fiesta nacional y los monumentos a los mártires se erigieron frente a las estatuas de los reyes, único legado de la época anterior vivida en el país